

LA UTOPIÍA TABARQUINA: LA ÍTACA ALICANTINA

Pablo Rosser Limiñana

Doctor en Patrimonio Arqueológico e Histórico.

Jefe de Memoria Histórica y Democrática.

Ayuntamiento de Alicante

Pensar en Tabarca, ante un magnífico libro como el que ahora presentamos, es recordar muchas cosas. Es curioso que todos esos recuerdos nos llevan a lo mismo: la Utopía.

Se habla, en antiguas leyendas, de la posible venida de San Pablo a *Hispania*, pasando por nuestra isla. El deseo utópico de los religiosos de siglos atrás, y el nombre de Santa Pola, les llevaron a imaginar la deseada venida del Santo.

Lo más utópico, sin duda, tardó mucho más en llegar. Mientras, en la Edad Media y durante toda la Edad Moderna, la *Isla Plana* era coto de caza de la nobleza ilicitana (estaba llena de conejos), guarida de piratas y berberiscos en sus incursiones por la costa y, por ello, lugar en donde se construyó una primera y solitaria torre vigía.

Será en el siglo XVIII cuando la utopía se asienta en la isla. La Ítaca alicantina hace su aparición. Primero, con la llegada de los cautivos de origen ligur y pertenecientes a la entonces República de Génova, rescatados del poder musulmán en la antigua isla tunecina de *Tabarka*. Liberarlos era casi una obligación para un monarca cristiano, Carlos III. No creo que estos hombres,

ennegrecidos por el sol y las sales marinas, hubieran podido siquiera imaginar ser liberados en 1768, y trasladados a una ciudad costera española al año siguiente.

Su arribo a Alicante obliga a plantear todo un proyecto utópico para crear una isla autosuficiente, en la línea de las nuevas repoblaciones que ya se estaban produciendo por la Vega Baja. Para ello se diseña, e intenta poner en marcha, un proyecto absolutamente utópico de auténticas escuelas taller en donde enseñar a los nuevos tabarquinos oficios de los cuales vivir. Tenían que dejar de pensar en el coral rojo (en la bahía de Alicante ya no había ese coral como en la costa de Túnez), y ponerse a fabricar redes, toneles, etc. El Rey español, para contribuir al proyecto utópico, favorecería a los tabarquinos dándoles la exclusividad en la fabricación y venta de dichos productos en el puerto de Alicante.

Pero no funcionó. Los tabarquinos eran gente de mar, de aire libre y no soportaron el estar encerrados en aulas recién construidas en la isla, en horarios restrictivos y disciplina casi carcelaria. Para boicotear el proyecto, hicieron desaparecer herramientas y los dineros para llevarlo adelante.

Pero para que estos tabarquinos pudieran vivir en Nueva Tabarca, nuestra isla, había que hacerla habitable, aunque también defendible de posibles incursiones enemigas. No se diseña cualquier cosa por el ingeniero militar Méndez de Ras. Se trata de un personaje que merecería cuanto menos una película. Su proyecto era tan utópico como la idea de autosuficiencia que se quiere implantar en la isla. Pero es que *Nueva Tabarca* tiene «algo» que hace pensar en la Utopía, antes, entonces y ahora.

Y, así, Méndez de Ras se embarcó en una aventura casi solitaria para construir una ciudad imaginaria y amurallada, dotada de todo tipo de servicios y con una planificación urbanística casi perfecta, al estilo de las ciudades renacentistas italianas de tiempo atrás. Pero la Utopía nunca ha sido barata y la administración

española pronto se da cuenta de que, efectivamente, más que un proyecto real Méndez de Ras estaba planteado un imposible, su locura particular, que estaba costando mucho más dinero y elevados esfuerzos humanos por encima de los previstos. Es por ello que nuestro ingeniero, enloquecido por el proyecto y las obras, peleará hasta la extenuación para que le aprobasen y financiarasen la totalidad de su proyecto. Se quedó, al final, solo, agotado de tanto luchar por su utopía, y considerado un lunático por la mayoría. Y es que las utopías son personales e intransferibles, además de no ser habitualmente comprendidas por el resto.

Menos mal que parte de su obra maestra pudo realizarse, y hoy la disfrutamos. El resto de lo que quiso construir, incluida una enorme torre prácticamente en medio del mar y al lado contrario de la isla frente a la iglesia, quedará solo en nuestra imaginación. Tampoco está mal...

Los tabarquinos, pese a todo lo ocurrido, se quedaron y aprendieron a vivir, malvivir, del mar alicantino. Las condiciones de vida de la isla eran muy poco aptas y hacían el día a día muy duro. Pero, mal que bien, lo consiguieron. La miseria era la tónica general.

Llegó otro utópico proyecto a principios del s. XX, que también se puso en marcha. Este funcionó durante un tiempo más largo: la Almadraba. Era duro, muy duro, pero proporcionaba mucho trabajo hasta el punto que se produjo la segunda colonización de la isla con la llegada de mucha gente que, incluso, tuvo que vivir en las cuevas de los bordes roqueños. La iglesia, la escuela y otros servicios empezaron a funcionar con cierta normalidad. A las tradiciones y costumbres italianas de los primeros pobladores se unieron ahora otras de marineros alicantinos (*Raval Roig*) y de Santa Pola. Es el momento de esplendor de la isla, al menos en cuanto habitantes. Pero la Almadraba se cerrará, y la isla y los isleños inician una decadencia grave. Mucha gente abandona y marcha a buscar trabajo a la península. La

isla mediterránea más pequeña habitada empieza a quedarse sin población.

Pero los isleños, hombres y mujeres en una unión modélica, estaban ya acostumbrados a la dura lucha. Aprovechando el fenómeno del turismo que empieza también a llegar tímidamente a la isla, crean –ahora sí– su propia Utopía. Hasta ahora habían vivido de las que otros habían pensado. Ya les tocaba a ellos... La riqueza de la pesca que los hombres llevaban a sus mesas y a los mercados alicantinos, unido a la sabiduría ancestral de las mujeres tabarquinas en cocinarla, así como la belleza de la isla, su paisaje y sus aguas de un azul sorprendente eran los ingredientes de una nueva utopía. ¿Funcionaría?

El «chiringuito», mejor o peor construido junto a la playa del istmo y detrás de la ahora abandonada Almadraba, fue el lugar elegido. Y funcionó. Sin dejar barcas y redes, empezaron por primera vez a vivir de su propio trabajo, a recibir directamente el beneficio económico de su esfuerzo. Nueva Tabarca era posible. Los turistas, algunos famosos, empiezan a arribar en embarcaciones a disfrutar de paisaje, agua y comida. Se venden o alquilan casas, y empieza a exigirse a la administración pública que actúe y ayude a la rehabilitación de la isla.

Es en ese momento cuando yo entro en contacto profesional con la isla. Era el año 1987 y acabábamos de crear en el Ayuntamiento la Unidad de Conservación del Patrimonio Histórico Artístico Municipal. Recuerdo la inquietud de los tabarquinos ante nuestra presencia. Intentamos ver qué quedaba de un Museo de Tabarca que había existido en la isla por iniciativa privada. Poco. Comenzamos a planificar aspectos importantes para la arqueología y el patrimonio cultural tabarquinos. Construimos, cómo no, nuestra propia Utopía.

Hicimos la Carta Arqueológica de la isla, a partir de los imprescindibles trabajos del Padre Belda en los años 60/70. Propusimos, y se aprobó, la prohibición con poca comprensión por

los isleños (todo hay que decirlo) de la acampada libre en la parte de la isla no habitada, *El Campo*, en donde está el cementerio, la magnífica Torre de San José y el Faro. Se preveía, por aquel entonces, la rehabilitación del edificio de la Almadraba y la Casa del Gobernador. En el primer edificio se instalarían servicios municipales y, en el otro, se hablaba de un hotel. También empezaron las solicitudes de licencia de obra para rehabilitar casas por parte de particulares.

Como habíamos obligado a excavar previamente en todos esos sitios teniendo en cuenta que estábamos en un Bien de Interés Cultural, la arqueología entró por la puerta grande en Nueva Tabarca. La isla, en época tardo-antigua al menos (s. IV-VIII) había sido ocupada. Quizá antes, pero todo ello debía comprobarse con método científico.

A la par que nosotros desde el patrimonio cultural, la isla era igualmente tenida en consideración desde el punto de vista del patrimonio natural. La riqueza de las praderas de *Posidonia* y la fauna marina que ella había generado hicieron mover los hilos a un concejal muy concienciado con el medio ambiente, como lo era Alfonso Arenas y su magnífico equipo de funcionarios y profesores y alumnos de la Universidad de Alicante, consiguiendo la primera declaración europea de Reserva Marina. Otra utopía hecha realidad.

Ambos equipos trabajábamos con la misma esperanza e ilusión. Con la misma utopía. Incluso, coincidíamos en algunos proyectos y estrategias. Por ejemplo, con el proyecto que se pergeñaba de un museo municipal para el edificio de la Almadraba. Las excavaciones arqueológicas en distintos puntos empezaron, con la mirada vigilante de las vecinas y vecinos de la isla. Se trabajó en la Almadraba, en la Casa del Gobernador, en alguna zona de *El Campo*, así como también en parcelas o edificios privados. Igualmente, se empezó a calcar y documentar los impresionantes *graffiti* de barcos y otros caracteres en la Casa del

Gobernador. El trabajo de Pilar Beviá coordinando a un equipo de estudiantes universitarios, fue encomiable.

Empezamos a planificar proyectos y usos posibles para la isla, siendo conscientes del potencial turístico sostenible que tenía. Recuerdo el momento crítico en el que, por la Ley de Costas, se tuvieron que derribar los «chiringuitos» de la playa. La mayoría de los negocios isleños estaban ubicados allí, si bien es verdad que ya se habían abierto otros en el interior de las murallas. Recibí en mi despacho municipal la visita de los comerciantes de la isla, muy preocupados porque había que excavar en el nuevo emplazamiento de los «chiringuitos», lo que podría aumentar el retraso en la reapertura de sus negocios. Les tranquilicé dándoles plazos cerrados y explicándoles las casuísticas posibles. Pero las cosas no fueron tan fáciles. El dinero público para la construcción de los nuevos «chiringuitos» no llegaba y los anteriores habían sido derribados. No se podía esperar más... Los tabarquinos se habían acostumbrado a luchar y a solucionar los problemas por ellos mismos. Eso es lo que tenía vivir en una isla. Nos plantearon al Ayuntamiento algo inaudito pero, al parecer, posible: adelantar el dinero de la nueva construcción de los «chiringuitos». Eso, o la ruina total. Los nuevos «chiringuitos» se hicieron.

Se terminó felizmente la rehabilitación de la Casa del Gobernador, y colocados los calcos de los *graffiti* en los espacios comunes y habitaciones del nuevo y flamante hotel. Se terminó también el nuevo edificio de la Almadraba, y se pensó por Medio Ambiente municipal el hacer un museo. Primero era un proyecto sobre patrimonio natural, pero pronto —y con buen criterio— se pensó por Berasaluce (el responsable municipal de ese área) en ampliarlo también al patrimonio cultural (arqueología y etnología). Nosotros habíamos coordinado un interesantísimo trabajo de recuperación etnológica en todas las partidas rurales de Alicante, y en Tabarca, de ahí que disponíamos de fotografías, gra-

baciones a las personas mayores (canciones, recetas de comidas, tradiciones), así como de material etnológico relacionado con la pesca (tanto de Tabarca como del *Raval Roig*). Las excavaciones arqueológicas en la isla, pero también en todo el término municipal de Alicante, nos habían proporcionado interesantes materiales de todas las épocas de nuestra dilatada historia común.

Es a partir de ahí que se abrió una fructífera colaboración directa, haciendo de cordón umbilical entre ambos departamentos municipales una persona y amiga, José Manuel Pérez Burgos, al que elegimos como profesional ideal para poner en marcha este magnífico proyecto. Como arqueólogo que era había colaborado con nosotros en las diversas excavaciones arqueológicas arriba comentadas. La Unidad de Conservación del Patrimonio Cultural Municipal aportamos el material arqueológico y etnológico en depósito temporal que hoy siguen en el Museo. Como ocurre en una familia, era el momento de dejar volar el proyecto y a sus responsables. Medio Ambiente y el citado profesional empezaron a recoger el testigo del camino que nosotros habíamos iniciado. La Utopía, en muchos de las acciones que habíamos soñado tiempo atrás, se había hecho realidad.

La puesta en marcha de un nuevo Plan Especial de protección de la isla, cuyo concurso había ganado un equipo de arquitectos murcianos, me volvió a llevar a la isla y su problemática. Las conversaciones y reflexiones en común con ese equipo redactor, en mi calidad de funcionario municipal responsable del patrimonio cultural, me permitieron ver la isla con algo más de distancia oyendo a personas que la veían solo con ojos técnicos. De todo se aprende.

Queda, sin duda, mucho por hacer aún. Proyectos ilusionantes, pero no por ello fáciles. La recuperación pública y uso cultural de las bóvedas del interior de las murallas, por ejemplo, ayudaría a aumentar el carácter de recurso turístico de primera magnitud que hoy ya es *Nueva Tabarca*. Creo, sinceramente, que

la isla se merece un auténtico Plan Director turístico que, desde una perspectiva de respeto a su pasado, con parámetros de sostenibilidad y asumiendo la capacidad de carga real de la misma, sitúen en el panorama turístico una de nuestras mejores joyas.

Después de todo lo dicho en las líneas anteriores, nos queda hablar, brevemente, del trabajo que ahora nos ocupa en este libro. Armando Parodi, oriundo tabarquino por su abuelo paterino, amante de su isla y orgulloso de su apellido, no solo tiene ese privilegio sino que en su persona se da también el componente utópico que nos ha contagiado esta isla a todos los que nos hemos acercado a ella. Su estudio, sin embargo, no es utópico en la medida que pisa tierra y plantea las cuestiones con rigor científico y de manera sistemática. Toca aspectos desconocidos y trata de otra manera otros en los que ya se había investigado. No es su primer trabajo sobre la isla, pero quizá sí sea el definitivo aunque nunca se puede cerrar una investigación.

Unido a otros estudios anteriores realizados por nosotros, Pérez Burgos y otros investigadores (Belda, Varela, Calduch, etc.) seguro que será consulta obligada para aquellas personas que quieran ahondar en la apasionante historia de *Nueva Tabarca* y los tabarquinos.

Es por ello que, desde la Concejalía de Memoria Histórica y Democrática del Ayuntamiento de Alicante, empeñada entre otras muchas cosas en contribuir a recuperar nuestras señas de identidad, ha querido publicar esta magna obra en nuestra colección «*Alacant, ciutat de la memòria*». Es un orgullo, y una gran satisfacción poder ayudar a poner un granito de arena más a la historia de la Ítaca alicantina, que es la de todas y todos los alicantinos, tabarquinos incluidos.